

Prólogo

Por Al Gore, vicepresidente de los EE. UU.

El año pasado escribí el prólogo a la edición del trigésimo aniversario del clásico de Rachel Carson, *Primavera silenciosa*. No sospechaba que tardaría tan poco tiempo en escribir otro prólogo para un libro que, en muchos aspectos, es continuación de aquél.

Gracias al toque de atención de Rachel Carson, se desarrollaron nuevos e importantes sistemas de protección para el pueblo norteamericano. Ahora, *Nuestro futuro robado* plantea cuestiones tan profundas como las que planteó Carson hace treinta años; preguntas para las que debemos buscar respuestas.

Primavera silenciosa era una advertencia elocuente y urgente sobre los peligros de los plaguicidas artificiales. Carson no sólo describía el modo en que la naturaleza se estaba contaminando con productos químicos persistentes; además, presentaba evidencias de que dichas sustancias se iban acumulando en nuestros cuerpos. Desde entonces, estudios realizados sobre la leche materna y la grasa corporal humanas han confirmado hasta qué punto hemos sido afectados. Incluso los habitantes de zonas tan apartadas como la isla de Baffin, en el extremo norte de Canadá, presentan en sus

cuerpos vestigios de sustancias sintéticas persistentes, entre ellas algunas tan conocidas como los PCBs, el DDT y las dioxinas. Y lo que es peor, durante el embarazo y la lactancia, las madres transmiten este legado químico a la siguiente generación.

Tal como advertía Carson en uno de sus últimos discursos, esta contaminación ha constituido un experimento sin precedentes: «Estamos exponiendo poblaciones enteras a los efectos de sustancias químicas que, en experimentos con animales, han demostrado ser sumamente venenosas y, en muchos casos, de efectos acumulativos. En la actualidad, esta exposición comienza al nacer o incluso antes; y si no cambiamos nuestros métodos, continuará durante toda la vida de la población actual. Nadie sabe cuáles serán las consecuencias, ya que carecemos de experiencia previa que nos sirva de guía».

Ahora estamos empezando a darnos cuenta de las consecuencias de esta contaminación. *Nuestro futuro robado* toma el relevo de Carson y repasa una gran cantidad de evidencias científicas que relacionan las sustancias químicas sintéticas con casos de desarrollo sexual aberrante y problemas reproductivos y de conducta. Aunque muchas de estas evidencias y estudios científicos se refieren a poblaciones animales y efectos ecológicos, presentan importantes implicaciones para la salud humana.

Hace una década, el agujero en la capa de ozono proporcionó una alarmante prueba de los efectos atmosféricos de los clorofluorocarbonos (CFCs). El año pasado, los científicos declararon que la actividad humana está cambiando el clima de la Tierra. Ahora mismo, en las principales publicaciones médicas aparecen ominosos informes sobre los efectos de los disruptores hormonales en nuestra fecundidad, o en nuestros hijos.

Nuestro futuro robado ofrece un vívido y ameno informe de las recientes investigaciones científicas acerca de los tras-

tornos provocados por las sustancias químicas sintéticas en los delicados sistemas hormonales. Estos sistemas desempeñan un papel fundamental en procesos humanos que abarcan desde el desarrollo sexual al comportamiento, la inteligencia y el funcionamiento del sistema inmunitario.

Aunque los científicos sólo están empezando a explorar las implicaciones de esta investigación, los primeros estudios realizados sobre animales y seres humanos relacionan estas sustancias con numerosos trastornos: disminución de la cantidad de espermatozoides, esterilidad, deformidades genitales, cánceres humanos de causa hormonal, como el de mama y el de próstata, trastornos neurológicos infantiles, como la hiperactividad y la falta de atención, y diversos problemas de desarrollo y reproducción en poblaciones silvestres.

El caso científico está sólo empezando a plantearse, y nuestro conocimiento de la naturaleza y magnitud del peligro irá cambiando a medida que avance la investigación. Pero además, dado que los productos químicos industriales constituyen un importante sector de la economía global, es inevitable que toda evidencia que los relacione con graves problemas ecológicos o sanitarios genere controversias. No obstante, está claro que el conjunto de investigaciones científicas en el que se basa *Nuestro futuro robado* plantea cuestiones alarmantes y urgentes, a las que es preciso hacer frente.

En respuesta al creciente volumen de pruebas, la Academia Nacional de Ciencias ha designado una comisión de expertos para que evalúe los peligros. Este primer paso es importante. Además, habrá que multiplicar los trabajos de investigación para averiguar más detalles sobre los efectos nocivos de estas sustancias, identificar otras que puedan poseer propiedades similares, y determinar la magnitud del peligro al que nos exponemos nosotros y nuestros hijos. Es preciso conocer los daños, a menudo invisibles, que pueden

provocar. Es preciso descubrir si existen maneras de proteger a los niños, que parecen correr un grave riesgo de padecer defectos congénitos y trastornos del desarrollo, provocados por compuestos con actividad hormonal. Es preciso investigar más a fondo la relación entre los efectos observados en seres humanos y en poblaciones silvestres.

Jamás se podrá construir una sociedad completamente libre de riesgos. Sin embargo, los ciudadanos norteamericanos tienen, como mínimo, derecho a conocer las sustancias que pueden afectarles a ellos y a sus hijos, y a saber todo lo que la ciencia pueda decirnos sobre sus peligros.

Ahora ya es evidente que tardamos demasiado tiempo en plantearnos las preguntas adecuadas acerca de los CFCs que atacaron la capa de ozono, y que nos estamos tomando con demasiada calma la amenaza del cambio climático. Ni que decir tiene que también tardamos mucho en plantearnos las mismas cuestiones con respecto a los PCBs, el DDT y otras sustancias químicas, ahora prohibidas, que representaban un grave peligro para la salud humana.

Nuestro futuro robado es un libro de importancia trascendental, que nos obliga a plantearnos nuevas preguntas acerca de las sustancias químicas sintéticas que hemos esparcido por toda la Tierra. Por el bien de nuestros hijos y nietos, es urgente que busquemos las respuestas. Todos tenemos derecho a saber y la obligación de aprender.